

Eduardo Godoy Gallardo

## DISCURSO DE INCORPORACIÓN

como Miembro Correspondiente por Valparaíso

Valparaíso, 12 de julio de 2002

### EL LIBRO, CIRCUNSTANCIAS VITALES DE UNA FORMACIÓN

Al recibir al Premio otorgado por el Centro Cultural de España y la Fundación de la Nuez, me definí, en el discurso de agradecimiento, como un lector apasionado, y, en una entrevista publicada por "El Mercurio de Valparaíso", la periodista, recogiendo una de mis expresiones, la tituló "*He vivido entre libros y espero morir leyendo*". Ambos intentos de definición personal tienen un mismo referente: el libro.

Por ello, permitidme que, hoy día, sea, precisamente, el libro y la función que ha tenido en mi vida particular y académica, el tema al que dedicaré las siguientes palabras. Digo particular y académica, porque su presencia es indivisible en lo que soy como hombre y profesional.

Mi relación con el libro –y por ende con la literatura, se pierde en los recovecos de la conciencia. Todo confluye en un añoso cuaderno en que mi madre copiaba versos de Gabriela Mistral en mi pueblo natal, incrustado entre el río y el mar con la cordillera al fondo, y en el cual aprendí mis primeras letras en una escuela rural, construida de barro y coirón, -hoy desaparecida en nombre del progreso-.

El segundo espacio formador en mi transitar vital –y lo es hasta hoy- fue este puerto de Valparaíso, al que llegué a cursar mis estudios primarios y secundarios. Fueron once años transcurridos bajo el alero de los colegios creados por San Juan Bautista de La Salle, espacio que compartí con algunos compañeros aquí presentes y que están arraigados en mi recuerdo y en mi corazón.

Fue, también, mi encuentro lento y paulatino con el libro. Las humanidades de entonces traían un cúmulo de lecturas que abrían caminos claves para ingresar, incluso, sin tener clara conciencia de ello, en la historia espiritual del hombre y, por ende, en la nuestra individual. Desde los textos bíblicos hasta el hoy de aquel entonces, fueron acumulándose historias y vivencias.

ACADEMIA CHILENA U=75

(2001 - 2002)

1950

El tercer encuentro fue el definitivo: ingresé a estudiar Castellano en el recién creado Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile en Valparaíso, ubicado en un antiguo caserón de la calle Colón, cuya construcción se la llevó el tiempo y el fuego. Aires renovadores llegaron a este Puerto con la presencia de jóvenes académicos –hoy prestigiosos profesores– y otros que aportaban la experiencia docente. Juventud y madurez configuraron ese grupo de profesores aunados por la pasión de enseñar.

Ingresé, en los cinco años que permanecí como estudiante en la Universidad, al mundo de la literatura y del libro como su expresión fundamental. Mis encuentros con los libros y con quienes los concibieron –a los que me referiré luego– marcaron en forma definitiva mi vida personal y académica. Más todavía, al ingresar en la Carrera Académica, en 1957, al ser nombrado Ayudante Cuarto en la cátedra de Literatura Española.

En 1960, la Universidad de Chile, en su concepción de Universidad Nacional, creó sus sedes en provincias. En 1961, partí a La Serena, la segunda de las sedes recientemente creadas; soy uno de los profesores fundadores de dicha sede y, en particular, de la Carrera de Pedagogía en Castellano. La deuda con La Serena –que alguien definió como amarga por fuera y dulce por dentro –la guardo, también, académica y emocionalmente en un particular recoveco de mi corazón. Aquí está, también, la presencia de algunos de aquellos que compartieron esta aventura, y de otros que la recibieron, es decir alumnos de aquel entonces y ligados emocionalmente a mi vida.

En esta etapa, se consolidó mi dependencia del libro, ahora con la misión de interpretarlo y de tratar de entregar lo que hay en él, en comunicación con los que fueron y son mis alumnos.

Un vuelco importante acentúa lo que he ido señalando: entre 1963 y 1970 permanezco cinco años enseñando en la Universidad de Utah, Estados Unidos. Es un camino nuevo que me hace ver y constatar un mundo radicalmente distinto al nuestro, pero que, en mi particular profesión, constato la misma pasión en aquellos estudiantes con los que he tenido aquí, en mi país. Aún hoy, a pesar del tiempo transcurrido, mantengo relación con algunos de ellos: hoy convertidos en académicos de otras Universidades, y con quienes, además de la relación personal, he mantenido dicho contacto por medio de sus ensayos y libros, frutos de sus investigaciones, que me hacen llegar permanentemente.

En 1970, me instalo definitivamente en Chile. Y desde 1971 comparto mi cátedra de Literatura Española entre la Universidad de Chile y esta Universidad Católica de Valparaíso: en este espacio porteño he vivido, académicamente, mis últimos treinta años. Desde aquí he viajado a distintos países (España, Francia, Inglaterra, Brasil, Argentina, Venezuela) donde he expuesto mis trabajos, y he publicado ensayos y libros, además de enseñar mi cátedra de Literatura Española y ejercer más de algún cargo administrativo (Director de Institu-

to, Decano de Facultad, Miembro del Capítulo Académico, entre otros). He creado aquí, también dos instancias académicas que me parecen esenciales en nuestra Universidad y en nuestro medio: las Jornadas de Estudios Hispánicos y El Día de la Lengua. Las primeras nacieron en 1978, alcanzan este año su versión número 26, y se han realizado más de cien actividades entre conferencias, mesas redondas, actividades musicales y teatrales; en cuanto a la segunda, celebración del Día de la Lengua, entiendo que es la única actividad en relación con dicho hecho celebrado en Chile, además de lo que realiza anualmente la Academia Chilena de la Lengua; en la Universidad de Chile, mi alma mater y de la que nunca me he desvinculado desde mis primeros pasos académicos en 1957, mantengo, semanalmente, cursos especializados de Literatura Española en los Programas de Magistratura y Doctorado en Literatura que esa Casa de Estudio imparte.

Como se puede apreciar de lo dicho hasta aquí, mi vinculación con el libro ha sido permanente desde mis ya lejanos días de mi infancia.

Quienes estudiamos literatura tenemos el privilegio de entrar en contacto con seres de distintos tiempos, y de distintos espacios, son seres reales –los autores– y seres ficticios –sus creaciones–. Innumerables vidas pasan ante nuestros ojos y nuestro espíritu. No hay, en esta profesión de leer, lugar para la sequedad o la indiferencia. Sólo aquí las palabras adquieren vida. Todos, autores y creaciones, llegan a nuestra intimidad y nos remecen. En una palabra, nos sensibilizan.

En este entrecruce se producen encuentros entre los creadores y sus ficciones que dan cuenta de su condición imaginativa, y nosotros, sus lectores, que debemos ser capaces de comprender y de entrar en ese mundo que participa de la condición fronteriza entre lo ficticio y lo real.

¿En qué sentido empleo la palabra encuentro? En la compenetración entre lo escrito y lo leído, entre el contenido esencial que el texto contiene en sí y lo que es captado por el lector que se acerca a él. En este sentido, el texto literario, o la literatura mejor dicho, alcanza una dimensión que se sitúa más allá de las palabras: la capacidad de hacernos experimentar formas vitales que es imposible vivirlas de otra manera. Lo que acabo de decir es lo que sucede con el inmortal personaje creado por Cervantes: la única manera de leer es identificándose con lo leído.

El profesor que está ante ustedes, tiene una experiencia de lector de varios, de muchísimos años, y en este lapso de tiempo ha tenido no uno, sino varios encuentros. Básicamente he sido un lector de literatura española: esto es lo que me identifica en el medio universitario, y de lo que he ido dejando constancia en conferencias, ensayos, libros y en Congresos, tanto nacionales como internacionales. No es difícil que se produzcan encuentros en el medio en que me

nuevo profesionalmente, que no es otro que el mundo formado por personajes nacidos del genio hispánico.

Notables encuentros he tenido en lo largo de los años. Permitidme recordar tres de ellos.

El primero que quiero recordar es el de Miguel de Cervantes y sus dos personajes universales: don Quijote y Sancho. Con ellos ingresé a un mundo que hasta hoy es una de mis preocupaciones permanentes que se concreta en cursos semestrales que dicto todos los años; ese mundo en que la locura y la lucidez son una muestra genial de la creación cervantina, y que ha dejado huellas en obras y autores de distintos países y épocas. Es en realidad, un libro sin tiempo. El alma del hombre se despliega aquí en toda su amplitud: la búsqueda y lucha por imponer la verdad, la justicia, la belleza, el amor y la libertad, se convierte en símbolo del quehacer humano. No puede uno menos que asombrarse al saber que el hombre que concibió esta obra, vivió en medio de la estrechez y la necesidad. La imagen predominante de un personaje siempre derrotado materialmente, pero triunfante en lo espiritual, traspasa las fronteras del texto. No quiero, en estos momentos, precisar algunos ejemplos de lo dicho, porque sería injusto con los no nombrados: tal es la riqueza de la profunda unidad del texto. Diría, en síntesis, que el Quijote, a pesar de su profunda raíz hispánica, es un libro para el mundo.

Otro encuentro que quiero recordar es el de Santa Teresa de Ávila. De su obra se desprende un sentimiento amoroso que va de Dios al prójimo y que impregna todo lo que encuentra a su paso, todo es obra de Dios, afirma. Recuerdo que lo primero que leí de Santa Teresa fue *El libro de la vida* (1562). Lo biográfico y lo didáctico espiritual se aúnan ahí para configurar un testimonio único.

Su infancia, su juventud, sus comienzos en la vida religiosa, la explicación de los grados de la oración mental que se ejemplifican con la hermosísima alegoría del huerto y el riego, la explicación doctrinaria de fenómenos místicos, son algunos de los temas tratados. De este libro ha dicho Azorín que "*...es el libro más hondo, más claro, más denso y más penetrante que existe en ninguna literatura europea*".

Este encuentro con el mundo de Santa Teresa de Ávila me puso en contacto con un mundo obsesionante. Entrar en su vida fue para mi un descubrimiento que, a lo largo de los años, después de ese primer encuentro, me llevó a leer el resto de sus obras, a escribir una edición crítica de *Camino de Perfección*, a visitar reiteradamente Ávila y otros espacios que la vieron pasar por Segovia y Salamanca. Premunido de un aparataje vivencial y bibliográfico, creo haber percibido parte de su riquísimo mundo interior. Pareciera que al transitar por las empedradas calles de esas ciudades, al entrar en algunas casas en que ella

vivió o en los conventos que creó, el visitar donde reposan sus restos... su espíritu renaciera y llegara, realmente, al alma del caminante.

El tercer encuentro que quiero señalar es el de Gabriela Mistral que, tal vez, sea el primero, según lo señalé al iniciar estas palabras, encuentro que se produjo espontánea e inconscientemente al escuchar de labios maternos el lento canto de sus versos. Ya mayor, cayó en mis manos ese dulce y desgarrador poemario que es *Desolación*. Me conmovió y me dio una dimensión del ser del hombre que se configura en torno a coordenadas contradictorias: por un lado, dolor, muerte, violencia; por otro ternura, vida, paz. A veces un poema aparece preñado por una de esas coordenadas; en otros, ambos están presentes. Más tarde, comprendí la raíz telúrica de su quehacer poético al recorrer su valle del Elqui y llegar a Montegrande. El recorrido realizado para llegar a su lugar de descanso, entre el agua que canta y el murallón imponente de sus montes, parece que fuera acompañado por sus dulces y dolorosos versos que bajan de lo alto del monte a las heladas y rientes aguas cristalinas.

Estos tres encuentros señalan, también, la profunda vinculación de la creación literaria con los espacios en los que se engendra: Alcalá de Henares, Ávila y el Valle del Elqui así lo señalan. He tenido la suerte de recorrer estos lugares con los textos en mis manos y en mi mente.

Podría seguir examinando incontables encuentros literarios: el mundo medieval de Jorge Manrique; la problemática interna de *Fuenteovejuna* y *La vida es sueño*; el desgarrado mundo de Larra; los personajes galdonianos esparcidos en toda la geografía española; el despertar a la conciencia de los personajes unamunianos; el intimismo y la melancolía de Antonio Machado; los personajes dramáticos de García Lorca; el mundo tremendista de Cela; el esperpento valle inclanESCO; las dramáticas circunstancias vitales encontrables en la novela, la poesía y el teatro generadas por la guerra civil española; las circunstancias amorosas en Bécquer, Pedro Salinas y Ramón Sender; el drama americano en *Alturas de Machu Pichu* de Neruda; la novela de la revolución mexicana encarnadas en Pancho Villa y Emiliano Zapata; el drama del indio en *Hombre de maíz* de Asturias y en *Raza de Bronce* de Arguedas; el ejercicio intelectual para desentrañar el desenlace de las narraciones policiales; el deslumbramiento ante los mundos creados por la ciencia ficción. O en nuestra literatura nacional partiendo con el roto Cámara de *Durante la Reconquista* de A. Blest Gana, pasando por el proletariado en Nicomedes Guzmán, el campesino en Mariano Latorre y Luis Durand; el habitante de las islas chilotas en Rubén Azócar; el mundo austral de Francisco Coloane; la presencia de Valparaíso en Salvador Reyes, Manuel Rojas y Enrique Lafourcade. Una geografía misteriosa, dramática y no descriptible que abarca desde Norte Grande de André Sabella hasta la trágica existencia de los alacalufes en *La última canoa* de Osvaldo Wegman...

Todos los citados –y otros que no nombro– han dejado huella imborrable en mí. ¿Quién podría negar o poner en duda el efecto que las creaciones literarias dejan en el lector? Creo que sólo irresponsablemente podría cuestionarse.

Todo lo que he afirmado no es sólo el resultado de condiciones innatas del profesor que habla, sino que es, en gran medida, de profesores que encontré en mi vida académica que acentuaron mi cariño por los libros y la interpretación literaria. Son tres profesores de la Universidad de Chile, ya idos de este mundo, notables profesores contruidos de una materia difícil de encontrar en el mundo de hoy: el profesor Antonio Doddis de cuya rigurosidad pueden dar testimonio generaciones de profesores de Castellano y que estrujaba el texto hasta su último rincón; el profesor Juan Uribe-Echeverría que no sólo conocía la literatura española al dedillo, sino que era, también, un profundo conocedor de la literatura chilena, y con quien recorrí, a lomo de mula, parte del valle del Choapa recogiendo, a lápiz y cuaderno, cantos a lo humano y lo divino, y el profesor Ricardo Benavides.

De este último, fui su ayudante, lo reemplacé al partir él, en la década de los 60, a Estados Unidos, compartí con él cátedra en University of Utah, Salt Lake City, Estados Unidos, de cuya generosidad, sapiencia y don de gente tengo experiencia directa. El me introdujo en los aspectos fundamentales –y en otros– de los textos más importantes de la literatura española y a su consejo y orientación le debo el ser, en estos momentos, un profesor que conoce y se acerca a dos grandes temas por él cultivados: el Quijote y la novela española centrada en la tragedia de la guerra civil. Su palabra, escuchada durante años, tanto en la cátedra como en la conversación diaria, me han certificado lo dicho por Gastón Bachelard: *"En la enseñanza oral, animado por la alegría de enseñar, a veces la palabra piensa"*.

En esos tres profesores hay una línea de trabajo de la que me siento depositario y en quienes el libro fue un sustrato clave de lo que fue su paso por este mundo.

Todo lo que he señalado atañe a mi experiencia personal como lector y, por lo tanto, al libro. Quiero terminar con la afirmación y reflexión de dos grandes creadores: el novelista español Benito Pérez Galdós y el ruso Fedor Dostoievki.

El primero, en su discurso de incorporación a la Real Academia Española, en 1897, sostuvo que: *"Imagen de la vida es la novela, y el arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisonomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea, y el lenguaje, que es la marca de raza, y las viviendas, que son el signo de familia, y la vestidura, que diseña los últimos trazos externos de la personalidad..."*

Dostoievki afirma, en *Diario de un escritor* (1873-1876): *"No se puede hallar una obra más profunda y poderosa que el Quijote. Hasta el momento es la*

*más grande y última palabra de la mente humana. Es la ironía más amarga que pueda expresar el hombre. Y si el mundo se acabase, y en el Más Allá —en algún lugar— alguien preguntase al hombre: "Bien, ¿has comprendido tu vida, y qué has concluido?" Entonces, el hombre, podría silenciosamente, entregarle el Don Quijote: "Estas son mis conclusiones acerca de la vida, y tú ¿me podrías criticar por ello?". No insisto en que el hombre estuviese completamente correcto, pero..."*

El libro es la metáfora de la conciencia ha dicho en estos días el novelista norteamericano Paul Auster. Yo agregaría que es conciencia de la humanidad y de lo que el hombre ha sido a través de la historia. Su validez, en este sentido, es innegable.

La convicción profunda de lo que he afirmado, a través de mis palabras anteriores, me han llevado a crear una biblioteca en mi pueblo natal, Huentelauquén, única en escuelas de este tipo en la región en que está incrustada. Con ello, creo cumplir con un imperativo moral y social.

He aquí lo que el libro y la literatura son para mí; lo que soy está constituido y preñado por ambos.

Agradezco a Dios, a la vida, a las Universidades donde he enseñado, a mis alumnos con quienes he compartido esta pasión, a mi núcleo familiar, tanto el natural como el elegido, a la Academia Chilena de la Lengua que me ha permitido exponer estos sentimientos íntimos, y a tantos otros que, en silencio, tal vez sin ellos saberlo, me han permitido acercarme, sólo acercarme, a tantas vidas y obras ejemplares.